

C. Benninghaus, D. Bering, R. Bessel,
C. Conr ad, C. Eisenberg, P. Gay, T. K uhne,
T. Mergel, M. Niehuss, J. Requate,
H. Spode, R. Stichweh, R. Strobel

El hombre del siglo xx

Edición de Ute Frevert y Heinz-Gerhard Haupt

Versión española de:
José Luis Gil Aristu

Alianza Editorial

Capítulo primero
EL TRABAJADOR
Richard Bessel

¿EL FIN DEL «PROLETARIADO»?

Al concluir el siglo XIX con el estallido de la Primera Guerra Mundial, parecía aún bastante claro a quién debía considerarse obrero: al trabajador industrial dependiente de un salario y que constituía la columna vertebral del movimiento que lleva su nombre. Pero, en realidad, los obreros industriales, organizados o no sindicalmente, no constituían ya entonces la mayoría de los trabajadores europeos. Una idea así del trabajador pasa por alto no sólo a las mujeres activas y a las que trabajaban en sus casas, sino también a millones de agricultores, el ramo ocupacional más numeroso de Europa antes de 1945. Sin embargo, en la mitología cultural y política europea, el obrero industrial caracterizó la imagen del «trabajador» hasta bien entrado el siglo XX. Y muchos consideraron que el nuevo siglo acabaría siendo la era de esos «trabajadores», sobre todo cuando en 1917 una «revolución proletaria» emprendió en Rusia un rumbo llamado, supuestamente, al éxito por primera vez en la historia. Sin embargo, esta idea parece ser engañosa casi en cualquier sentido, sobre todo si se tiene en cuenta que la Revolución Rusa fue, ante todo, una revolución campesina basada en un golpe de Estado, llevado a cabo con fortuna por una organización revolucionaria relativamente pequeña en unos pocos centros industriales rusos.

Cuando concluye el siglo XX, la imagen clásica del trabajador tiene ya poco que ver con las realidades de las sociedades europeas. Trabajadores como los que vivieron la primera «revolución proletaria» y en cuyo interés se llevó a cabo, pretendidamente, dicha revolución

constituyen en Europa una minoría relativamente pequeña entre la población activa. Este tipo de miembro de la clase trabajadora rusa de entonces, el que proporcionó a la revolución bolchevique la gente de a pie —el obrero industrial que trabaja en grandes fábricas, cuya vivienda se caracteriza por su estrechez y penuria y que vive en condiciones de extrema pobreza—, es, precisamente, el que está desapareciendo de la existencia. El siglo xx podría ser el siglo de los administrativos, de los empleados en el sector terciario o de las trabajadoras, pero no es el del obrero industrial.

Al final del siglo xx «corto», la imagen tradicional del «trabajador» ha quedado superada, al menos en Europa. Pero, ¿quién ha ocupado su lugar, y qué modificaciones caracterizan el cambio acaecido en el mundo de los trabajadores a lo largo de este siglo? Podemos reconocer con relativa claridad algunas líneas de desarrollo:

1. No es posible sostener, ni en sentido político ni en sentido económico, cultural o sociológico, que la imagen del «trabajador» sea la del obrero industrial. Hoy en día, al concluir el siglo xx, las mujeres constituyen casi la mitad de la población activa, según lo muestra, por ejemplo, el caso de Gran Bretaña; el número de varones que se ganan el pan como mineros de pozo es, probablemente, menor que el de aquellos cuya principal fuente de ingresos son los robos con fractura.
2. En la mayoría de los países industriales de Europa, los sindicatos representan sólo a una minoría de los asalariados, con tendencia a disminuir. Las ramas de la industria en que los trabajadores estaban organizados mayoritariamente —como la metalurgia, la minería o las artes gráficas— son precisamente aquellas cuyas plantillas han experimentado una reducción drástica en las últimas décadas. En cambio, ha aumentado la ocupación en el sector de los servicios, en el que resulta difícil organizar sindicalmente a los trabajadores.
3. El enorme aumento de los empleados en el siglo xx ha modificado considerablemente no sólo la estructura del mercado de trabajo, sino también la concepción del trabajador.
4. El fenómeno del desempleo masivo, que ha dejado su impronta en el mercado de trabajo durante amplios periodos del siglo (sobre todo en la época de entreguerras y en los años posteriores a 1973), plantea importantes cuestiones respecto a la idea del «trabajador». Sobre todo porque los trabajadores de los sectores de empleo clásicos —obreros que realizaban su activi-

dad en la industria pesada— son quienes más fuertemente se han visto afectados por el paro. Pero, ¿se puede utilizar el concepto de «trabajador» para quienes no tienen trabajo?

5. A lo largo de la segunda mitad del siglo, una gran parte de la clase trabajadora alcanzó una sorprendente prosperidad —al menos en los países industrializados de Europa y América del Norte—, con buenas condiciones de trabajo, salarios altos, viviendas «humanamente dignas» y dotadas de calefacción y una oferta vacacional que habrían sido sólo un sueño para anteriores generaciones de trabajadores. Otra parte —compuesta a menudo por inmigrantes, jóvenes, parados e ilegales— quedó excluida mayoritariamente de ese bienestar.
6. El entorno clásico de los trabajadores —el barrio urbano obrero— ha quedado destruido, por lo general, en Europa a lo largo del siglo xx. Los motivos de su desaparición han sido múltiples: la creación de suburbios industriales, los bombardeos de la guerra, la planificación urbana (tanto en los países socialistas como en los capitalistas) o, también, el enorme desarrollo económico posterior a la Segunda Guerra Mundial.
7. La vieja idea de una cultura obrera homogénea y marcada por el movimiento obrero socialista, que en las primeras décadas del siglo reflejaba, quizá, la vida de los trabajadores, se ha de rechazar debido a diversos factores que socavaron la homogeneidad de dicha cultura (como la afluencia masiva de mano de obra inmigrante de otros países y culturas) o redujeron notablemente las fronteras culturales entre trabajadores y otros grupos sociales (como la influencia de los medios de comunicación de masas).

Aunque estos cambios fundamentales no signifiquen necesariamente una desaparición completa de la conciencia de clase, suponen al menos un retroceso de la misma en el antiguo sentido marxista e indican una profunda fragmentación de la «clase trabajadora», tanto desde un punto de vista social como cultural. Ese retroceso se ha de atribuir a una larga recesión de los antiguos sectores ocupacionales clásicos, como la industria pesada, que habían dejado su impronta decisiva en la imagen del «trabajador» a principios del siglo xx. Si al comenzar el siglo había aún en Europa y América del Norte millones de obreros activos en esa rama —la minería, las industrias del hierro y el acero y la construcción naval—, hoy en día sólo hallamos en los países «postindustriales» una fracción de esos antiguos trabajadores.

La relativa pérdida de importancia económica de ese sector de la industria se había hecho ya notar durante el periodo de entreguerras. Aunque experimentaron una revitalización pasajera —debido al rearme anterior a la Segunda Guerra Mundial, a la producción de armamento durante la guerra y, finalmente, a la expansión de un socialismo de Estado de carácter marxista-leninista cuya economía planificada tenía como objeto desarrollar a gran escala la industria del siglo xx en la Europa del Este del siglo xx—, el relativo descenso del número de trabajadores en las antiguas ramas de la industria se reanudó en las tres últimas décadas del siglo xx, acelerado por el crecimiento del sector de los servicios, la introducción de la tecnología informática y, en gran parte también, el hundimiento de la economía socialista planificada. Un síntoma de este brusco retroceso es la evolución del número de mineros: en 1993 quedaban tan sólo unos 106.000 empleados en la minería del carbón en la República Federal Alemana, frente a casi un cuarto de millón en 1970; en 1907, la minería alemana empleaba todavía a más de 800.000 trabajadores.

ANTIGUOS Y «NUEVOS» TRABAJADORES

Tras la Primera Guerra Mundial, y hasta la década de 1970, un gran número de obreros (y empleados) ejercía su profesión en los nuevos sectores industriales de aquel periodo del siglo xx: la industria del automóvil, la química o la eléctrica. El fabricante francés de automóviles Renault, que en 1898 daba trabajo, por ejemplo, a seis obreros, empleaba en el año 1900 a 110, a unos 200 en 1907, a casi 4.400 en 1914, a 14.600 en 1919 y a más de 20.000 ya en 1930; en Citroën, el número de trabajadores pasó de 4.500 en 1919 a 31.200 en 1927. En la fábrica de Ford en Dagenham, un suburbio al este de Londres donde el gran fabricante norteamericano de automóviles había abierto a comienzos de la década de 1930 su factoría matriz de Gran Bretaña, la cifra de empleados experimentó un aumento imponente. El crecimiento acelerado de los nuevos sectores industriales condujo en muchas partes de Europa a una reestructuración fundamental de las condiciones de vida de los obreros. Cada vez fue más frecuente que trabajaran en fábricas nuevas —a menudo racionalizadas— y a destajo, con lo que perdieron en gran parte el control sobre su ritmo de trabajo. También era habitual que viviesen en centros y áreas suburbanas industriales, lejos de la antigua ubicación de la industria pesada, las fábricas textiles o las colonias de mineros: en Gran Bretaña, el centro de gravedad de la industria se desplazó de los antiguos centros industriales del nordeste (en torno a Newcastle) y noroeste (Lancashire, cuna de la revolución industrial), al sur, donde construyeron

sus factorías los grandes fabricantes de automóviles, como Morris en Cowley, cerca de Oxford, y Ford en Dagenham. En este sentido merece la pena señalar la decisión de Ford de cerrar su primera fábrica inglesa de Trafford Park —situada al norte, en Manchester— y concentrar su producción automovilística en Dagenham —en el sur—. En Francia, el desarrollo acelerado se produjo con el asentamiento de la industria automovilística en los suburbios industriales de París, como Billancourt o St. Denis, y en Vénissieux, cerca de Lyon. En Alemania, la relativa pérdida de importancia de los antiguos centros de la industria pesada, como el de Silesia superior o el de la industria textil de Sajonia, se podría explicar de manera similar. En su lugar, las nuevas ramas industriales aparecieron en localidades de Alemania occidental o central como Rüsselsheim (Opel) o Ludwigshafen (BASF), en torno a Colonia (Ford, Bayer) y en los alrededores de Merseburg (Leuna y, posteriormente, Buna). La expansión de estos sectores y lugares de producción nuevos tuvo como consecuencia algo que Gérard Noiriel formuló acertadamente en referencia a Francia en el primer tercio del siglo: *«L'ouvrier nouveau est arrivé!»*.

Estos «nuevos» obreros europeos del siglo xx no tuvieron que trabajar ya tantas horas como los del siglo anterior. La jornada laboral media se redujo considerablemente en el curso del siglo xx, si se exceptúan los retrocesos pasajeros ocurridos durante las dos guerras mundiales. Antes de la Primera Guerra Mundial, la jornada media de un obrero de la industria alemana superaba las diez horas, y la semana laboral era, en general, de seis días. Así pues, las horas de trabajo a la semana sumaban más de 60 en los años del cambio de siglo. Con la introducción de la jornada de ocho horas tras la Primera Guerra Mundial y con el posterior crecimiento de la economía en la República Federal Alemana —el país del milagro económico—, el tiempo de trabajo semanal se redujo considerablemente hasta superar escasamente las 40 horas a comienzos de la década de 1980. Esta reducción del tiempo medio de trabajo en un tercio modificó notablemente la vida cotidiana de los obreros. A partir de ese momento, las clases trabajadoras dispusieron de tiempo libre en una proporción completamente desconocida hasta entonces. Los trabajadores tuvieron todo el fin de semana para sí y su familia, y una parte creciente de la clase obrera pudo reclamar, incluso, varias semanas libres, sobre todo durante la segunda mitad del siglo: había comenzado la era de las vacaciones masivas.

Sin embargo, el mayor cambio en la posición económica relativa del trabajador no se observa en la industria sino, precisamente, allí donde la mayoría de ellos había desarrollado su actividad a comienzos del siglo en casi toda Europa: la agricultura. La agricultura empleaba a más trabajadores que la propia industria pesada en casi to-

dos los países industrializados de la época. La mecanización de la agricultura, sobre todo durante la segunda mitad del siglo xx, condujo en los años siguientes a un brusco retroceso del número de empleados. Esto supuso, entre otras cosas, que el trabajador del campo perdió su peso económico y social tras haber conseguido desde hacía tan sólo algún tiempo la plenitud de los derechos civiles en un buen número de países con la abolición de las antiguas disposiciones legales — pensemos en las normas prusianas para la servidumbre, que no se suprimieron hasta después de la revolución de noviembre de 1918—. Hoy día resulta difícilmente imaginable una carrera política (sindical) como la de Ernest Bevin, antiguo trabajador del campo, que en el periodo de entreguerras llegó a ser uno de los funcionarios sindicales más poderosos de Gran Bretaña, y en 1945 ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido.

¿Adónde marcharon los anteriores labradores de Europa? Muchos de ellos, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, se mudaron a la ciudad, donde encontraron un empleo en los sectores industriales en crecimiento. En países como Italia, donde durante la década de 1950 adquirió un especial dinamismo por comparación con otros Estados, este proceso se llevó a cabo casi como una revolución silenciosa por la que el aspecto de la «clase trabajadora» y de su cultura se modificó drásticamente en poco tiempo. No obstante, una gran parte de la nueva clase obrera procedía del campo no sólo en los países capitalistas de Europa occidental, sino también en los Estados socialistas de Europa del Este. En Polonia, donde esa transformación tuvo un carácter especialmente acusado, más de una cuarta parte de la población *total* emigró del campo a la ciudad sólo en el periodo de 1946 a 1950. En Lodz, el antiguo centro tradicional de la industria textil polaca, los emigrantes rurales llegados a la ciudad después de la guerra, representaban en 1950 un tercio de la población; y en Varsovia, una cuarta parte. Una de las principales causas del cambio que observamos en la composición de la clase trabajadora a lo largo del siglo xx es, precisamente, el retroceso del empleo en la agricultura y la imponente emigración del campo a la ciudad derivada de él.

Desde los primeros años del siglo aumentó también enormemente el trabajo administrativo, la ocupación en el sector de los servicios y, por tanto, en el ramo de los empleados. De ese modo, la población activa de los países económicamente desarrollados de Europa se feminizó considerablemente y, al mismo tiempo, la población femenina pasó a formar parte cada vez más del grupo de los asalariados. Por mencionar un ejemplo: entre 1951 y 1981, la proporción de mujeres en la población activa de Gran Bretaña pasó de un 31 a un 40 por ciento entre 1951 y 1981, mientras que el porcentaje de las mujeres británicas en edad laboral —entre 20 y 64 años— realmente activas

aumentó de un 36 a un 61 por ciento. Al comenzar el siglo, la proporción de las mujeres casadas laboralmente activas de Gran Bretaña rondaba únicamente el 10 por ciento (y, todavía en el año 1931, se situaba tan sólo en torno al 13 por ciento), mientras que a finales del siglo era ya de dos tercios. Las antiguas ramas de la industria pesada, que había caracterizado la imagen clásica del trabajador (varón), perdieron su importancia en el conjunto de la economía antes (en Europa occidental) o después (en Europa del Este) y dieron empleo a un número de personas cada vez menor. De Ravenscraig, en Escocia, y Haspe, junto a Hagen, a Eisenhüttenstadt, cerca de la frontera polaca, y Skopje, en la nueva República de Macedonia, fueron numerosas las acerías que despidieron a una gran parte de su plantilla —cuando los centros de producción no cerraron por completo—. Incluso en aquellos sectores que garantizaron la ocupación del *ouvrier nouveau* en el periodo de entreguerras y asumieron la función de pioneros de la modernización económica del mundo de posguerra, durante los años dorados de las décadas de 1950 y 1960 —sobre todo en la industria automovilística— se emplearon cada vez más robots y menos hombres. Así pues, los sectores que se expandieron en la «sociedad postindustrial» fueron más bien aquellos donde encontró empleo un número creciente de mujeres (como, por ejemplo, la industria de la electricidad, los servicios sanitarios, la enseñanza, el trabajo social y la administración).

El rápido aumento del empleo femenino es difícil de imaginar sin un descenso de la tasa de natalidad, observable durante el siglo xx en todos los países de Europa, si bien en momentos distintos. En Alemania, donde este proceso se dio con especial rapidez, el promedio de nacimientos por matrimonio se redujo a la mitad a lo largo de las cuatro primeras décadas del siglo xx: los matrimonios de familias trabajadoras anteriores a 1905 tenían todavía 4,67 hijos, mientras que en los contraídos entre 1925 y 1929 la cifra fue de sólo 2,05; en las familias de empleados, el número de nacimientos se redujo de 3,39 a 1,45. Este proceso permitió a millones de mujeres casadas trabajar como asalariadas fuera del propio hogar. A diferencia de las mujeres de los trabajadores, que en el siglo xix traían al mundo un niño tras otro y se ocupaban de ellos durante décadas (si es que sobrevivían a todos sus partos), y cuyo empleo como criadas, habitualmente antes del matrimonio, se consideraba una preparación para la función de ama de casa, muchas esposas del siglo xx, con sólo uno o dos hijos, pudieron conservar su puesto de trabajo o, al menos, volver a él en un plazo más breve. La espectacular evolución de la demografía permitió, pues, ese imponente aumento de la actividad laboral femenina y contribuyó a minar la antigua idea del trabajador como obrero industrial de sexo masculino.

La fragmentación de su antigua identidad económica, social y cultural hizo cada vez más difícil que tanto la clase obrera como sus representantes políticos (en forma de partidos socialdemócratas o laboristas) se familiarizaran con estos cambios, no sólo en el oeste sino también en el este de Europa. En Europa oriental, la adhesión obstinada a una anquilosada ideología marxista leninista condujo en la práctica a una negativa militante a encarar la nueva situación y elaborar una concepción y una idea propia del «trabajador» diferente de la establecida. Lo que quedó fue una afirmación política de una idea del trabajador pasada de moda cuya escenificación reiterada y necesaria desde un punto de vista político se plasmó en la política social de los Estados socialistas de modelo soviético y acabó teniendo un efecto sumamente desfavorable sobre la capacidad de supervivencia del sistema. En Europa occidental, algunos representantes políticos de los intereses de los trabajadores consiguieron acomodarse con mayor rapidez a las nuevas tendencias. La historia del éxito de los partidos occidentales (antes) obreristas a partir de la Segunda Guerra Mundial es en gran parte la historia del abandono de su antigua ideología (como en el caso del SPD en Bad Godesberg, en 1959, o del *New Labour* en Gran Bretaña, en la década de 1990), fundada en la antigua concepción del trabajador como obrero industrial varón.

TRABAJADORES SIN TRABAJO

Sin embargo, sería equívoco trazar una imagen relativamente lineal del proceso de cambio en la clase trabajadora europea y de su modernización (o posmodernización) en el curso del siglo xx. La historia económica y, por tanto, social, del trabajador europeo durante este periodo es también la de unas determinadas crisis y sus consecuencias. El paro es un aspecto central de esta historia caracterizada por la crisis. El desempleo masivo —así como su plasmación estadística— es un fenómeno del siglo xx, y los más afectados por él han sido los trabajadores europeos. La situación del mercado de trabajo al comenzar el siglo parecía ser aún bastante buena para la clase obrera de Europa: las dos décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial se caracterizaron por el crecimiento económico y un paro relativamente escaso. Pero esta coyuntura satisfactoria cambió ya en las primeras semanas de la guerra: el desempleo aumentó de manera súbita y drástica en varios países —como Alemania y Gran Bretaña— debido a los efectos de la guerra, que restringieron masivamente la actividad económica. En otros países, sobre todo en Francia, la pérdida de importantes zonas industriales hizo que las instalaciones fabriles y, por tanto, sus trabajadores hubieran de someterse a desplazamientos de

grandes proporciones. El desempleo se redujo, no obstante, rápidamente debido a un posterior auge coyuntural cuyas causas se han de atribuir así mismo a la guerra. La consecuencia del auge fue una movilidad geográfica sin parangón entre la clase obrera, compuesta cada vez más por mujeres y trabajadores extranjeros, en una situación en la que millones de jóvenes obreros morían en los campos de batalla de Europa. La inmediata posguerra estuvo caracterizada por crisis económicas acompañadas de grandes oleadas de huelgas. La situación de posguerra en Gran Bretaña y Francia se caracterizó por una depresión de gran alcance, mientras que en Alemania comenzó una coyuntura favorable de tipo inflacionista que duró hasta la recesión hiperinflacionista del año 1923 y trajo consigo una rigurosa estabilización que volvió a costar el empleo a muchos trabajadores. A finales de la década de 1920 y comienzos de la de 1930 regresó el fantasma del paro masivo, y lo hizo además en una escala aterradora no experimentada hasta entonces. Una parte considerable de los trabajadores europeos quedó sin empleo.

El paro no es sólo un problema económico, sino que tiene también profundos efectos sociales y psicológicos. Mina la solidaridad social, es causa de desamparo y amargura y suele generar apatía personal y política. A menudo influye en la salud del afectado de manera muy desfavorable, suscita resentimiento contra los extranjeros, como la hostilidad de los franceses hacia los trabajadores italianos y polacos de las acerías de Lorena durante la crisis económica de la década de 1930, y grava las relaciones en el seno de las familias. Un antiguo minero de 49 años y padre de cuatro hijos, en paro desde la huelga general de 1926 y privado finalmente del subsidio de desempleo, formulaba así su situación en el año 1933 en el sur de Gales:

Ahora dependemos de nuestros chicos, que tienen que alimentarnos a los seis, incluidos mi mujer y los dos niños que siguen yendo a la escuela. La gente se pregunta por qué hay personas que cometen crímenes y se desequilibran cuando ven rechazadas una y otra vez sus solicitudes de empleo; hay quien cree que los parados se lo pasan bien al no tener nada que hacer. Sin embargo, aquí estoy yo, como un pobre, pues he de depender de mis hijos para conseguir el sustento. Siempre he intentado ser independiente, pero ahora me veo obligado a perder la independencia, y no por mi culpa sino, simplemente, porque soy víctima de una situación sin salida.

La vida del trabajador no estaba marcada por la inseguridad únicamente en el mundo capitalista. En el primer Estado obrero socialista, es decir, en la URSS, los trabajadores vivían en una situación distinta, pero no precisamente mejor. La vida de la población trabajadora estuvo caracterizada también allí por los cambios revolucionarios y una gran inseguridad. Una terrible guerra civil y una hambruna espantosa,

una grave escasez de materias primas necesarias y el ulterior cierre de muchas fábricas llevaron a una reducción drástica de la población urbana en los anteriores centros industriales de Rusia. En las fábricas de Moscú, por ejemplo, donde en 1917 tenían empleo 190.000 obreros industriales, sólo quedaban 81.000 a principios de 1921 —de los que un 40 por ciento eran mujeres—, mientras que la población total de la capital se redujo a la mitad en cuatro años. (Entre 1912 y 1920, la población activa de Moscú se había dividido por dos, pasando de 1.051.000 en el año 1912 a 564.000 en 1920). El antiguo proletariado desapareció en gran parte bajo la dictadura proletaria. No volvería a crearse de nuevo hasta la década de 1920, cuya evolución económica estuvo caracterizada por las crisis y un elevado desempleo, y gracias a los primeros planes quinquenales —los componentes de ese proletariado serían trabajadores «nuevos» no especializados llegados en masa del campo a las ciudades y que trabajaban y vivían en condiciones extremadamente malas—. En 1926 había ya unas 100.000 personas sin hogar sólo en Moscú. Miles de trabajadores —a menudo en paro— buscaban en vano una cama o un barracón para pasar la noche (*nochlezhnii barak*).

LOS TRABAJADORES EN EL MUNDO DE LA POSGUERRA

El derrumbe de la seguridad social y económica de la clase obrera europea, minada desde 1914 por la guerra y las crisis, dio paso progresivamente durante las décadas de 1950 y 1960 —al menos en la mitad occidental de Europa— a una fase de bienestar y una nueva estabilidad social y económica sin parangón en la historia de la humanidad. Esta inaudita mejora en la situación de los trabajadores europeos occidentales durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial se caracteriza por los siguientes rasgos:

- La red social se amplió de manera generalizada e incluyó, además de un seguro de desempleo, un seguro médico, la construcción de viviendas promocionada por el Estado y unas rentas que garantizaron a la clase trabajadora una existencia cómoda y segura durante la vejez.
- El desempleo descendió enormemente.
- El número de componentes de la familia siguió reduciéndose, con lo que la pequeña familia «moderna» pasó a ser también una característica distintiva de las clases trabajadoras.
- Aumentó la participación de las mujeres en el mundo laboral.
- Disminuyó el número de los trabajadores del campo.
- El sector de los servicios se expandió considerablemente y, con él, el número de empleados.

- El empleado se convirtió en el tipo alternativo del trabajador.
- Las vacaciones pagadas dejaron de ser un privilegio de las clases altas y medias, como ocurría todavía a comienzos de siglo, y se convirtieron casi en un bien general. La mayoría de los trabajadores tuvieron derecho a disfrutarlas, desarrollándose así una industria turística que incluyó al propio trabajador.
- Finalmente, creció el número de los integrantes de la clase baja, que abarcó además a quienes se beneficiaban sólo en parte de la seguridad de la sociedad de bienestar, es decir, los millones de trabajadores extranjeros que afluyeron en masa a los países prósperos e industrializados del occidente de Europa.

Las siguientes declaraciones realizadas en 1963 por un minero del Sarre describen de manera expresiva los efectos que pudieron tener esos cambios en la vida cotidiana y familiar de muchos trabajadores:

La vida es hoy cien por cien mejor. Mi padre iba aún a la mina con un pan seco; hoy lo llevamos relleno por partida doble. La gente mayor tenía que trabajar antes mucho más; hoy, todo resulta más sencillo. Las amas de casa lo tienen también mejor con las actuales máquinas. En nuestra familia éramos ocho hijos, y algunas tenían todavía más. Y cuando alguien decía algo a sus padres, le atizaban un par de bofetones. Entonces la gente se enfadaba mucho más que ahora porque tenía más preocupaciones. Hoy no hay nada de eso.

Es indudable que, al concluir el siglo y después de que la minería del Sarre se ha sumido en una gran crisis, los problemas económicos y las preocupaciones diarias de muchas familias obreras han aumentado, probablemente, de manera considerable. Sin embargo, la mayoría de los trabajadores alemanes, británicos, franceses u holandeses están lejos de vivir en las condiciones de aquellos tiempos en que la gente «iba aún a la mina con un pan seco».

Antes de la Primera Guerra Mundial, el gasto en alimentación de un hogar obrero típico de Europa suponía casi la mitad de los ingresos. Sólo los empleados, la clase media, la burguesía y la nobleza estaban en condiciones de destinar una proporción significativa de sus ingresos a fines que no eran estrictamente necesarios para la mera supervivencia. Los trabajadores de Europa estaban todavía lejos de participar en una sociedad de consumo, ni siquiera en los países más ricos, como Inglaterra o Alemania. Lo que caracterizaba su economía doméstica diaria no era el consumo, sino el sustento. Esta diferencia era un rasgo distintivo de la distancia económica entre los trabajadores y otros estratos sociales y dejó una impronta esencial en su conciencia. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo se produjo un cambio fundamental en este sentido. Podemos verlo fácilmente tomando como ejemplo los gastos en productos alimenticios: la ma-

yoría de los trabajadores de Europa occidental sólo gastó ya en alimentación entre un cuarto y un tercio de sus ingresos. Los trabajadores y sus familias se han convertido también en consumidores que, una vez satisfechas sus necesidades básicas, pueden disponer de una notable cantidad de sus ingresos.

Las sociedades del este de Europa no quedaron completamente al margen de estas tendencias generales, pero su situación estuvo enmarcada en una economía estatal planificada, unas organizaciones sindicales bastante impotentes, un sistema político represivo y un nivel de vida inferior. Aunque en aquellos países no se produjo la «nueva relación» con el trabajo a la que aspiraba el socialismo, y aunque los trabajadores se sentían amargados por su destino laboral, la eliminación del desempleo —conseguida en parte mediante el subempleo de millones de personas y pagada con una economía general ineficiente— se convirtió en una característica del sistema del socialismo de Estado. En la antigua Europa socialista del Este se creó una amplia red social para los «productores», aun cuando las prestaciones ofrecidas fueran a menudo de baja calidad. En los países socialistas cayó también en picado el número de hijos por familia, la mayoría de las mujeres formó parte de la población activa y la cifra de trabajadores empleados en la agricultura se redujo, aunque no con tanta rapidez como en el Occidente europeo. Pero la evolución de la clase trabajadora en Europa del Este se diferenció de la de Europa occidental en un punto significativo: el número y la importancia de los obreros industriales fue en aumento. Al contrario de lo que había ocurrido en el Occidente capitalista, la antigua estructura industrial se mantuvo en el Este socialista hasta su triste final. El peso principal de la economía recayó en la industria pesada, y el obrero industrial siguió siendo la figura central del Estado socialista. El socialismo «realmente existente», configurado según el modelo soviético, dejó tras de sí en los Estados socialistas que se fueron al garete una estructura económica que, en muchos sentidos, representaba mejor la imagen distorsionada de la economía industrial clásica del siglo xix que el posterior desarrollo dinámico de la economía industrial y de servicios de finales del xx.

En estas circunstancias, resulta revelador que los grandes levantamientos obreros de la segunda mitad del siglo xx tuvieran lugar no tanto en Europa occidental cuanto en Europa del Este, como, por ejemplo, el del año 1953 en la RDA, o el de 1956 en Polonia. Las protestas obreras como expresión de solidaridad estallaron en Estados y sociedades donde todavía existía una concepción coherente del «trabajador» escenificada por la élite política dirigente —un ejemplo de esas protestas es la ostensiva alianza, testimoniada públicamente en la RDA en junio de 1953, con los trabajadores en huelga que cons-

truían la Stalinallee—. Esto explica en parte la tragedia de los Estados marxistas, de trabajadores y campesinos del este de Europa, obligados a cumplir el encargo del proletariado, del trabajador clásico, en el momento en que éste había perdido ya su significación económica. En Europa, durante el siglo xx, la «conciencia obrera» fue cada vez más un signo de retraso económico, social y, finalmente, también político.

EN BUSCA DE LA(S) CULTURA(S) OBRERA(S)

La «cultura obrera», o quizá mejor, las culturas obreras de Europa han cambiado fundamentalmente en muchos sentidos. El mundo del antiguo movimiento obrero, del barrio urbano proletario o de la «provincia proletaria», comparativamente cerrado en otros tiempos, sufrió un proceso de desgaste con la difusión de los nuevos medios de comunicación y el influjo ejercido por ellos. A partir de la década de 1920, a más tardar, los trabajadores y sus allegados cayeron progresivamente bajo la influencia de los medios de masas «socialmente unificadores», como el cine, la radio y la televisión —medios, por tanto, que eran recibidos por la totalidad de la población—. Podemos explicar este argumento tomando como ejemplo a Gran Bretaña: en 1937 iban al cine una vez por semana alrededor de 20 millones de personas —aproximadamente, un 40 por ciento de la población total—; en el periodo de entreguerras fue habitual en muchos barrios obreros que toda la familia asistiera a una misma sesión. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente, dos tercios de las familias británicas tenían un aparato de radio y, por tanto, acceso a un «medio profundamente democrático» que ofrecía al conjunto de la población una amplia variedad de informaciones, entretenimiento y cultura; en 1960, el 80 por ciento de las familias británicas disponía ya de televisor. A mediados de la década de 1980, el británico medio pasaba más de 20 horas por semana ante la televisión (las mujeres llegaban incluso a 25 horas). En vísperas del Tercer Reich, en abril de 1932, había ya en Alemania un receptor de radio en 24 de cada 100 hogares. También los trabajadores se hallaban en posesión de ese medio, y según estudios de audiencia realizados a mediados de la década de 1930, los hogares obreros mostraban casi el mismo interés por las noticias, los dramas radiofónicos, las emisiones para niños y jóvenes y la música de entretenimiento y baile que los de los funcionarios y empleados —aunque se interesaban menos por los conciertos clásicos o las charlas científicas—. A comienzos de la década de 1970, el 90 por ciento de los hogares de la República Federal disponía de un televisor, por lo menos. Por tanto, la difusión de los medios de comunicación de ma-

sas, presentes ya en casi todos los cuartos de estar, socavó durante el siglo xx en más de un sentido las culturas obreras diferenciadas y propias, y los trabajadores de Europa quedaron integrados en la «nación», al menos en parte. Los antiguos medios obreros no estaban ya segregados de los demás medios (burgueses, nacionales) en la misma medida que antes.

Eric Hobsbawm defendió hace unos años la tesis de que el punto culminante de la «antigua cultura» de la clase trabajadora británica se alcanzó en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, después de 1945 —en un momento, pues, en que el número de afiliados a los sindicatos fue especialmente alto, el Partido Laborista adquirió una gran fuerza y las cifras de espectadores de los partidos de fútbol (el deporte de la clase obrera) llegaron a su cota máxima—. La antigua cultura obrera se fue disolviendo paso a paso al retroceder, según se observó a partir de entonces, las cifras de empleados en las antiguas ramas de la industria, como la minería, la construcción naval o, incluso, el ferrocarril, con el imponente aumento de la participación de las mujeres en la actividad laboral y, en gran parte, con el incremento del bienestar entre los trabajadores británicos, que pasaron a formar parte de la sociedad de consumo. El hecho de que, «desde la década de 1950, la mayoría de los trabajadores británicos pudiera... llevar una vida digna de seres humanos por primera vez en la historia», significó, según Hobsbawm, el final de su viejo modo de vida; así, «la clase obrera británica corrió el peligro de perder el rumbo». La antigua conciencia y, por tanto, la antigua y famosa sociedad británica de clases comenzaron a desaparecer.

Esta tesis se puede hacer extensiva, con las correspondientes diferencias cronológicas, a los demás países europeos. Desde mediados del siglo xx se perdió también en Francia, Alemania (occidental), España o Italia un «viejo modo de vida» obrera, al menos en parte. Sus rasgos distintivos solían ser unas malas condiciones de vivienda, unas relaciones de trabajo inseguras, irregularidad en el empleo y largas jornadas de trabajo, una alimentación monótona e, incluso, el hambre. Según Josef Mooser, la cultura obrera fue, hasta bien entrado el siglo xx, una «cultura de la pobreza» que requería «una severa disciplina hecha de necesidad, diligencia, ahorro y atención para garantizar el pan de cada día» y «no soportaba lo superfluo». La otra cara de la moneda de esa vida en unas viviendas pequeñas y estrechas había sido una «estructura familiar proletaria semiabierta» (con realquilados y personas que pagaban por una cama) y una vida animada en calles y pensiones de los antiguos barrios urbanos proletarios —una diferencia clara frente a la intimidad hogareña de las clases burguesas—. El nuevo bienestar y la seguridad de que han podido disfrutar muchos trabajadores europeos y sus familias durante la segunda mitad de este siglo

han hecho, finalmente, que el modo de vida de muchas familias obreras presente ahora ciertos rasgos de las clases burguesas.

El «antiguo modo de vida» de los trabajadores europeos fue sustituido, pues, al menos en parte, por «una vida humanamente digna» en una sociedad de consumo. A lo largo de este proceso ha desaparecido en buena medida el «trabajador» con sus características decimonónicas. En muchas de las antiguas regiones mineras de Europa, como Lorena o Asturias, la zona del Ruhr o el sur de Gales, donde anteriormente había habido colonias de trabajadores con culturas obreras muy cerradas, encontramos ahora industrias de alta tecnología y empresas de servicios. Sus plantillas se componen más de empleados y trabajadoras que de obreros industriales varones. Hoy en día, cuando hablamos de culturas cerradas y clases bajas, nos referimos sobre todo a los parados, los beneficiarios de la asistencia social y los trabajadores extranjeros, con lenguas, religiones y costumbres diferentes de las de los naturales del país.

Un aspecto esencial que ilustra los profundos cambios ocurridos en las formas de vida de los trabajadores en Europa es la jubilación. El retiro y la pensión constituyen una importante novedad en la vida de los trabajadores europeos, que, hasta entrado el siglo, debían trabajar toda su vida, que no solía ser especialmente larga. Con el paso del siglo, pudieron aprovechar cada vez más la posibilidad de dejar de trabajar y acceder a la jubilación —proceso que podemos describir como un cambio del «anciano al jubilado» (Christopher Conrad)—. Esta circunstancia no significó únicamente una gran transformación económica, al menos en los países prósperos e industrializados de Europa, sino también un cambio profundo en las esperanzas de futuro de los trabajadores. A finales de la década de 1970, un oficinista de Hamburgo expresaba atinadamente esta situación con el siguiente comentario:

Espero el retiro con ilusión. Lo diré más exactamente: por fin podré vivir tranquilo. No ser ya una persona dependiente. No estar siempre pensando: «¡Tienes que levantarte a las 6!» —siempre «¡tienes que!»—. Aunque es probable que me levante a esa hora. Pero entonces haré alguna cosa. Aún no sé qué. Seré libre. Quizá me compre un coche. Un pequeño Golf.

Son sueños que apenas tienen nada en común con la vida y las experiencias de los trabajadores europeos de comienzos del siglo xx.

INTEGRACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL

El hecho de que las personas trabajadoras —tanto hombres como mujeres— obtuvieran en toda Europa el derecho de sufragio fue importante para su integración en la «nación». De ese modo, la mayoría de los trabajadores europeos no siguió estando ya formalmente ex-

cluida del sistema político, como había ocurrido en general en el siglo XIX. Esta exclusión del sistema político —tanto si se debía al derecho electoral de (las tres) clases, en el caso de Prusia, como al simple rechazo de cualquier derecho de sufragio para la población trabajadora, en el de Rusia— contribuyó decisivamente en el siglo XIX a que los trabajadores europeos desarrollaran una identidad propia y se mantuvieran ajenos a las supuestas comunidades nacionales. En los países donde la industrialización precedió a la imposición del derecho electoral universal —como en Inglaterra, Alemania o Rusia, a diferencia de Estados Unidos—, pudo desarrollarse una conciencia de clase más fuerte en el momento de presentarse en público sus defensores políticos, los partidos obreros (a veces marxistas). Sin embargo, el derecho general de sufragio, la participación en el sistema político, fue al mismo tiempo en muchos países un importante factor de «nacionalización» de los trabajadores.

El cambio experimentado en el mundo obrero y el debilitamiento de su conciencia de clase en el siglo XX se caracterizan, pues, por dos procesos contradictorios: su «nacionalización» y, al mismo tiempo, su fragmentación. La posibilidad de la participación política —al menos para aquellos trabajadores que eran ciudadanos del país donde trabajaban— les llevó a una mayor identificación con la nación en cuanto «ciudadanos» y no en cuanto «trabajadores», mientras que las posibilidades de identificación colectiva se debilitaron en otros terrenos.

En este sentido debemos mencionar en primer lugar la vivienda. Las nuevas condiciones de habitabilidad fomentan la fragmentación de las antiguas ideas acerca del «trabajador» y se reflejan en ella. A comienzos del siglo XX, la mayoría de los trabajadores urbanos vivía en viviendas estrechas y en barrios obreros definidos de manera bastante clara. Sin embargo, esos barrios, antes cerrados, que habían contribuido esencialmente a la identidad cultural del trabajador, han desaparecido en gran parte. Los bombardeos de la guerra tuvieron en este sentido una importante función. Los distritos del centro urbano, que eran también, en su mayoría, barrios obreros, resultaron muy dañados por la guerra. A mediados de la década de 1960, por ejemplo, más de la mitad de las familias obreras vivía en la República Federal de Alemania en viviendas de nueva construcción edificadas después de 1948. En Berlín, los distritos obreros clásicos —Wedding o Friedrichshain— quedaron especialmente destruidos por los bombardeos de la guerra, mientras que los barrios de chalés de Dahlem y Zehlendorf se mantuvieron en gran parte indemnes. El East End londinense, donde a comienzos del siglo se ganaban el pan cientos de miles de trabajadores en la mayor zona portuaria del mundo, cambió fundamentalmente de aspecto debido a los bombardeos de la guerra y a las

actividades de la posguerra, y se convirtió en un paraje de solares abandonados, construcciones de viviendas sociales, nuevos edificios de oficinas y viviendas para *yuppies* que trabajan en la *City* de Londres o en los *Docklands*; la aviación alemana, los urbanistas de la posguerra y los especuladores del suelo hicieron que el antiguo barrio obrero clásico londinense perdiera en gran parte su antiguo carácter.

En París, que, afortunadamente, no se vio afectado por los bombardeos, los suburbios obreros, las *banlieues*, se habían transformado a un ritmo rápido ya después de la Primera Guerra Mundial. En el periodo de entreguerras, la cifra de sus habitantes creció en torno a un millón de personas. En Bobigny, por ejemplo, la población aumentó alrededor de un 700 por ciento entre 1906 y 1931 —un 13,8 por ciento anual entre 1921 y 1926; en 1930, más de la mitad de los residentes de Bobigny procedía de provincias, y sólo alrededor de un 30 por ciento de la región de París—. Según constata Gérard Noiriel, ese desarraigo (*déracinement*) supuso una «profunda desestabilización» en la vida cotidiana de los trabajadores —observación que, en el curso del siglo xx, se puede comprobar en una gran parte de la clase trabajadora europea—. El Partido Comunista de Francia encontró apoyo precisamente en los grises suburbios industriales, entre la clase obrera «nueva» y carente, más bien, de formación. A finales del siglo xx, varios *arrondissements* parisinos, donde antes habían residido obreros fabriles, se habían convertido en una mezcla de barrios de inmigrantes (por ejemplo, Belleville, donde Edith Piaf fue hallada en la calle como niña expósita) y patria de *yuppies* (como en el sudoeste de París, donde se fabricaban antiguamente los coches Citroën). Las zonas que se han convertido en auténticos barrios obreros son los suburbios, donde en el último tercio del siglo xx se ha mantenido una elevada tasa de paro y una alta proporción de habitantes extranjeros y donde se localizó la construcción de viviendas sociales.

En los barrios obreros de los «Estados de obreros y campesinos» de Europa del Este, relativamente homogéneos en otros tiempos, se produjo así mismo una fragmentación. Por un lado, muchos antiguos barrios obreros quedaron también destruidos por la guerra; pero, por otro, una vez acabado el conflicto, la administración estatal distribuyó las nuevas viviendas entre los «hombres socialistas», sin tener demasiado en cuenta su pertenencia a una determinada clase. El resultado fue que en los nuevos bloques residenciales, levantados casi por toda Europa del Este, el obrero era a menudo vecino de un académico, un pequeño funcionario del Partido o un policía.

La diferencia entre el modo de vida de los trabajadores y el de los demás estratos de la población se redujo también en otros ámbitos. Por un lado, las diferencias de ingresos entre las clases trabajadoras y

la burguesía, muy acusadas todavía a principios de siglo, disminuyeron notablemente debido a la inflación provocada por el crecimiento económico y la política social pública. Por otro, la atención sanitaria y el estado de salud de los trabajadores no fueron tan diferentes de los de los miembros de las clases medias y altas tras la implantación y ampliación de un sistema general de atención sanitaria y del seguro (obligatorio) de enfermedad —tanto si estaban directamente financiados por el Estado, como en el servicio nacional de salud británico, como si eran administrados indirectamente por el Estado, en el caso de los seguros de enfermedad de Alemania establecidos por ley—. La «desigualdad social ante la enfermedad y la muerte», característica de la vida de los trabajadores europeos todavía a finales del siglo XIX, se redujo a lo largo del XX por múltiples razones: mejora de las condiciones de vivienda, del suministro de agua potable, de la alimentación y de la atención médica. De ese modo disminuyó significativamente la distancia entre los modos de vida de los obreros y los empleados.

La implantación de una asistencia sanitaria general, el crecimiento de la economía en la posguerra y la creación del Estado de bienestar en Europa redujeron una de las principales características de la vida del trabajador en épocas anteriores: la inseguridad, que tan grande había sido durante la primera mitad del siglo XX, marcada por las guerras y las crisis económicas. En este sentido, el aumento del desempleo en las dos últimas décadas ha supuesto, sin duda, un retroceso en casi todos los países industriales desarrollados; sin embargo, la profunda inseguridad a la que hubo de enfrentarse el trabajador en casi todos los ámbitos a principios de siglo ha quedado reducida desde entonces de manera radical. La mayoría de los trabajadores de Europa (occidental) siguen estando ahora suficientemente seguros de que tendrán una vivienda caliente, una buena asistencia médica y una pensión en su vejez.

EL TRABAJADOR EN MOVIMIENTO

Otra importante característica del trabajador europeo es su movilidad física. El trabajador del siglo XX fue, y es, en muchos sentidos un trabajador en movimiento: como mano de obra emigrante, como refugiado, como empleado temporal en otro país o por tener que ir y volver del trabajo a cierta distancia de su hogar. La movilidad de los trabajadores europeos no es ninguna novedad; millones de europeos emigraron en el siglo XIX a América del Norte y del Sur. Existen, no obstante, algunos rasgos específicos: los imponentes traslados de población, consecuencia de las dos guerras mundiales y de las guerras

civiles europeas, así como la inmigración de millones de personas a Europa, donde han constituido una parte en constante crecimiento de la clase trabajadora «europea» durante la segunda mitad del siglo.

La emigración masiva de población trabajadora que salía de Europa se frenó en gran parte a partir de 1914. Esta situación se puede atribuir a tres motivos: la guerra, las normas estrictas para la inmigración puestas en vigor en EE UU durante la década de 1920 y la crisis mundial. Los principales factores que impulsaron la movilidad física de los trabajadores europeos hasta, aproximadamente, 1950, no fueron unas mejores posibilidades económicas, sino la guerra y la violencia: la ocupación y la destrucción de importantes regiones industriales en la Primera y la Segunda Guerra Mundial, el reclutamiento brutal de trabajadores forzados por el Tercer Reich, el desplazamiento de millones de trabajadores soviéticos hacia el Este después de que el ejército alemán hubiera conquistado por breve tiempo las zonas industriales más importantes de la Unión Soviética y, finalmente, las enormes oleadas de emigrantes durante y después del colapso militar de Alemania en el año 1945. La importancia primordial de los factores económicos para la movilidad de los trabajadores europeos no volvió a darse hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el auge económico sin precedentes de las décadas de 1950 y 1960 atrajo una mano de obra numerosa a los ricos países industrializados de Europa occidental. Las migraciones de las últimas décadas mediante el reclutamiento de trabajadores temporales extranjeros o la inmigración de personas llegadas de las antiguas colonias europeas (de Pakistán y Bangladesh a Gran Bretaña, de Argelia a Francia, y de Indonesia a Holanda) modificaron las características del trabajador europeo. Muchos obreros que poseen actualmente pasaportes de la Unión Europea son de origen africano o asiático, con lo cual, las antiguas potencias coloniales europeas están siendo colonizadas ahora por sus antiguas colonias. Entre los trabajadores de Europa hay también turcos que montan coches en Alemania, somalíes que cosechan tomates en los campos de Italia y bengalíes que trabajan en los pequeños talleres de la industria del vestido en el este de Londres. Esos extranjeros suelen realizar precisamente trabajos sucios y poco exigentes a cambio de unos sueldos bajos y en malas condiciones laborales.

El empleo de trabajadores extranjeros en Europa no es, por cierto, ninguna novedad. Los trabajadores irlandeses en Inglaterra, los polacos en la cuenca del Ruhr y los italianos en Lorena formaban ya en el siglo XIX una parte importante de los empleados en determinadas ramas de la industria y la agricultura. El empleo de extranjeros fue también considerable en varios países europeos durante las primeras décadas del siglo XX. En 1907 había en Prusia casi 475.000

obreros industriales y más de 258.000 trabajadores del campo de nacionalidad extranjera; y, en 1908, la proporción de extranjeros que trabajaban en los pozos de las minas de carbón alemanas rondaba el 9 por ciento. En Francia, donde las bajas causadas por la guerra, unas tasas de natalidad reducidas y la introducción de la jornada laboral de ocho horas habían incrementado la necesidad de mano de obra, la cifra de trabajadores polacos y norteafricanos aumentó rápidamente. En 1930, el porcentaje de trabajadores extranjeros entre la población activa francesa era, aproximadamente, del 14 —en la construcción, la proporción rondaba el 20 por ciento, y en la metalurgia y la minería, donde los trabajadores polacos estaban fuertemente representados, llegaba incluso a un tercio—. En la fábrica Renault de Boulogne-Billancourt, donde en 1931 el 17,6 por ciento de la plantilla estaba integrada por extranjeros, se hablaban diecisiete idiomas distintos —incluidos el chino, el ruso y el griego—. (En 1930 había en Francia 287.000 trabajadores polacos y 471.000 norteafricanos). A diferencia de Francia, la cifra de trabajadores extranjeros en Alemania descendió rápidamente después de la Primera Guerra Mundial —en 1924 había sólo 174.000 trabajadores extranjeros en el Reich alemán—; sin embargo, dicha cifra fue en aumento a lo largo de la Segunda Guerra Mundial hasta agosto de 1944, cuando el número de trabajadores civiles extranjeros ocupados en la «gran Alemania» llegó a 5,7 millones debido a la presencia de trabajadores forzados.

En las tres primeras décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la ocupación de extranjeros en Europa occidental adquirió nuevos rasgos y un nuevo significado. Nada más concluir el conflicto, varios países del noroeste de Europa, donde la mano de obra se había vuelto escasa, acogieron a cierto número de trabajadores extranjeros —la mayoría de ellos procedente de Italia—, todavía reducido en un primer momento. Así, el gobierno británico introdujo ya en 1945 el sistema del «European-Voluntary-Worker», el trabajador voluntario europeo, por el que se reclutaron unos 90.000 obreros, primero en campos de refugiados y, más tarde, en Italia, bajo condiciones bastante restrictivas. El gobierno belga implantó el «contingentensysteem» (el sistema de cuotas), por el que, ya en 1946, fueron llevados a Bélgica 60.000 trabajadores italianos (sobre todo para trabajar en las minas o en las acerías). Y el gobierno francés fundó su Office National d'Immigration (la Oficina Nacional de Inmigración), para organizar el reclutamiento de trabajadores extranjeros. Luego, en las décadas de 1950 y 1960 aumentaron de forma explosiva las cifras de trabajadores extranjeros: entre 1946 y 1970 llegaron a Francia unos dos millones de trabajadores extranjeros, junto con casi 700.000 familiares. La cifra de los «Gastarbeiter», trabajadores temporales, pasó en la República Federal de Alemania de 95.000 en 1956 a 1,3 mi-

llones al cabo de diez años; en 1970 suponía ya la cantidad de dos millones, y en 1973 llegó, incluso, a 2,6 millones. En Suiza, el número de trabajadores extranjeros pasó de unos 90.000 en 1950 a 435.000 diez años después, y a 834.000 en 1970; en 1973, año en que la cifra alcanzó su punto culminante al llegar a los 897.000, un tercio de la población activa y la mitad de los obreros fabriles de Suiza eran extranjeros. Cuando la crisis económica del petróleo de 1973-1974 puso fin de forma abrupta a esos movimientos migratorios, los extranjeros formaban un componente destacado de la clase trabajadora de Europa (occidental). En esos años se suspendió en diversos países de Europa occidental el reclutamiento de trabajadores extranjeros no procedentes de la CE (Comunidad Económica), y se prohibieron los permisos de entrada.

Precisamente, fueron los trabajadores extranjeros (y, de manera creciente, también sus familias) quienes asumieron en las últimas décadas del siglo xx las funciones y rasgos clásicos que habían caracterizado a los obreros europeos a comienzos del siglo: solían estar empleados en las ramas tradicionales de la industria pesada, como la minería y la metalurgia del hierro y el acero, pero también en la industria automovilística; constituían una gran parte de quienes realizaban trabajos mal pagados y que no requerían ninguna preparación especial; eran aquellos trabajadores que, debido a una combinación de restricciones impuestas por las autoridades de inmigración, desconocimiento del idioma, una falta de cualificación y, también, determinados prejuicios, se hallaban en condiciones de inseguridad y realizaban a menudo trabajos «negros»; y, además, residían en los clásicos barrios obreros que se habían conservado en las grandes ciudades europeas. Los antiguos distritos obreros —como Belleville, en el nordeste de París; Tower Hamlets, en el East End londinense, o Kreuzberg, en Berlín— son en la actualidad los nuevos barrios de trabajadores extranjeros. En resumen, quien vaya en Europa a la búsqueda de la vieja imagen clásica del trabajador, la encontrará más entre los «extranjeros» —incluidos los «paquistaníes», «árabes» o «turcos» que han crecido y, a menudo, han nacido ya en Inglaterra, Francia o Alemania— que entre los «naturales del país».

¿Qué queda, por tanto, de la «conciencia obrera» en el seno de la clase trabajadora europea? La antigua «conciencia obrera», que se ha de entender como un producto específico de la industrialización de Europa en el siglo xix y que tuvo su expresión en los partidos obreros socialistas y en los sindicatos, de carácter a menudo marxista, se ha desvanecido, desde muchos puntos de vista, en la Europa del siglo xx. La antigua conciencia de constituir una clase ha sido sustituida a menudo por otra: la de ser extranjero, mujer, trabajador «flexible» a tiempo parcial o beneficiario de la asistencia social. La enorme importancia económica adquirida por los empleados ha socavado tam-

bién en el curso del siglo xx la antigua imagen homogénea del trabajador como obrero industrial varón. En Europa no existe ya una concepción coherente del «trabajador». La historia del trabajador europeo en el siglo xx es, pues, en buena medida la historia de la fragmentación de una idea nacida en el siglo xix, fragmentación provocada no sólo por las grandes crisis sufridas durante la primera mitad del siglo, sino también por los procesos sociales y económicos ocurridos en la segunda.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURKE, Joanna, *Working-Class Cultures in Britain 1890-1960*, Londres, 1994.
- CASTLES, Stephen, *Migrant Workers and the Transformation of Western Societies*, Ithaca, 1989.
- CHASE, William J., *Workers, Society, and the Soviet State. Labor and Life in Moscow, 1918-1929*, Urbana, 1987.
- HARTEWIG, Karin, *Das unberechenbare Jahrzehnt. Bergarbeiter und ihre Familien im Ruhrgebiet 1914-1924*, Múnich, 1993.
- HERBERT, Ulrich, *Geschichte der Ausländerbeschäftigung in Deutschland 1880 bis 1980. Saisonarbeiter, Zwangsarbeiter, Gastarbeiter*, Berlín, 1986.
- HERZIG, Arno et al. (ed.), *Arbeiter in Hamburg. Unterschichten, Arbeiter und Arbeiterbewegungen seit dem ausgehenden 18. Jahrhundert*, Hamburgo, 1983.
- HOBSBAWM, Eric J., *Labouring Men: Studies in the History of Labour*, Londres, 1964.
- , *Worlds of Labour. Further Studies in the History of Labour*, Londres, 1984.
- HÜBNER, Peter, *Konsens, Konflikt und Kompromiß. Soziale Arbeiterinteressen und Sozialpolitik in der SBZ/DDR 1945-1970*, Berlín, 1995.
- JAHODA, Marie et al., *Die Arbeitslosen von Marienthal. Ein soziographischer Versuch über die Wirkungen langdauernder Arbeitslosigkeit*, Fráncfort del M., 1990⁸.
- LEWIS, Jane, *Women in Britain since 1945*, Oxford, 1992.
- LÜDTKE, Alf, *Eigen-Sinn. Fabrikalltag, Arbeitererfahrungen und Politik vom Kaiserreich bis in den Faschismus*, Hamburgo, 1993.
- MOOSER, Josef, *Arbeiterleben in Deutschland 1900-1970. Klassenlagen, Kultur und Politik*, Fráncfort del M., 1984.
- NOIRIEL, Gérard, *Les ouvriers dans la société française xix-xx siècle*, París, 1986.
- PEUKERT, Detlev J. K., *Jugend zwischen Krieg und Krise. Lebenswelten von Arbeiterjugenden in der Weimarer Republik*, Colonia, 1987.
- TENFELDE, Klaus (ed.), *Arbeiter und Arbeiterbewegung im Vergleich*, Múnich, 1986.
- (ed.), *Arbeiter im 20. Jahrhundert*, Stuttgart, 1991.